

bre el cual no puedo conversar con nadie.» Lo propio de la pasión stendhaliana siempre es esconderse.

El enamorado pueril de una mujer que está con otro semeja demasiado al hijo que ama a la madre. La prohibición imaginaria refuerza esta hipótesis. Estos detalles hacen a la posible identidad sexual del Ego. En general, no parece ser alguien que obtenga gran placer del sexo. Más bien su mayor dicha erótica consiste en ser rechazado. Se sabe feo y, con el paso de los años, también viejo. Cree que las mujeres le hacen un favor al aceptarlo. Ellas adoptan la convencional actitud viril de la iniciativa. HB es un solterón con algo de solterona.

La espera de la dicha es preferible a la dicha, así como la dicha subjetiva y mental, a la realmente experimentada, de la cual lo mejor es el recuerdo. Stendhal abre un espacio moderno de idealismo amoroso, donde irán alineándose Vigny y Proust, épicos de la memoria, y ese atento stendhaliano que es Lampedusa.

No es extraño, pues, que Stendhal sea tan mujeriego como casto. Sus abstinencias pueden durar diez años. Tal vez haya sido virgen, según insinúa comparando la pérdida de la virginidad entre la cama y la batalla. Cabalga mal y le cuentan cómo fue la batalla de Tessino, de la cual participó. Lo mismo le pasa a su Fabrizio con la batalla de Waterloo. En alguna página, Stendhal parece describir un cuadro de eyaculación precoz. En otra, se está tratando una blenorragia. *Armance* suele ser leída como la historia de un impotente. Con o sin precisiones fisiológicas, estamos siempre ante la amada como distante, o sea lo propio del idealismo amoroso del romanticismo. Esta distancia suele ser fecunda en estudios psicológicos sobre el amor. Baste recordar otro gran ejemplo, el de Henry James.

Stendhal adjetiva a sus amores, en general, como desdichados. Los hay irrealizados y cumplidos. ¿Son todos infelices por igual? ¿Es su desdicha del mismo género?

Para el idealista amoroso, lo propio del amor es su no realización, que lo mantiene vivo y puro. El libro de Stendhal *Del amor* le fue motivado por Métilde Viscontini-Dembrowski, de quien se dice que había sido amante de otro escritor, Ugo Foscolo, y que jamás se entregó a Stendhal. Mademoiselle Kubly, una actriz a la nunca habló, también suscitó su amor. Para «ser feliz» (sic) con Ángela Pietragrua, esperó once años. Y todo eso teniendo en cuenta que no era afecto a narrar sus amores. La verdadera belleza, cabe concluir, se aprecia en el sueño. En la vigilia puede confundirse con la fiebre de la pasión, lo que solemos llamar amor, que impide hacer otra cosa. El auténtico amor es imagina-

rio y su mayor goce reside en observarse enamorado. O sea: no amar por amar sino para saberse amante.

No todo es contemplación es la auténtica vida amorosa. A veces –uno por mes– conviene un acceso de cólera. O, como define su amiga la soprano Giuditta Pasta, sentirlo como una teja que se desprende y te da en la cabeza. O, según definirá Roland Barthes mucho después, tejer la trenza amorosa: hablar de sus amantes reales o imaginarias a sus amigos hasta conseguir que se enamoren: del otro, de la otra o, lo más seguro, del cuento. Los amores de Stendhal son tema de conversación, aunque retaceado, con sus íntimos. En primer y último término, con sus lectores.

Con la trenza amorosa tiene que ver la tercería a la que ya aludí. Me refiero al varón que aparece tras o junto a la mujer amada. Stendhal amó a una muchacha que prefirió a un chico de entre veinte y veinticinco años. El escritor se pregunta: ¿Cuál fue el objeto de mis amores? Ante un cuadro italiano en que San Juan contempla al Crucificado, cree ver a Lambert, un servidor de su casa muerto muchos años antes. Lambert era joven y hermoso y Stendhal lo compara con las mujeres que amó. Es como si ellas remitieran a un elemento masculino que también es objeto del amor y, según ocurre en tales casos, de identificación. El tercero identifica al Ego.

Por fin, los únicos amores apasionados de nuestro escritor fueron Shakespeare, Mozart y Cimarosa, y los momentos más dulces de su vida, los pasados en la Scala de Milán. Tienen que ver con otra prohibición paterna, cómo no: la de estudiar música. Stendhal la infringió de adolescente. Clarinete, violín, canto. A pesar de que los sonidos que produce le dan horror, en sus arranques de megalomanía, discute de música con Pacini y con Mayer. Su biografía de Rossini está sembrada de inventos personales. Las de Haydn y Mozart son plagios.

Religión

Imposible resulta proponer al Ego stendhaliano una identidad religiosa. Su anticlericalismo apenas admite excepciones estéticas: el arte católico, en especial la música. O alguna matización a favor de los jesuitas si se los compara con los jansenistas: su Dios es menos malo, los condenados son más escasos.

En general, todas las religiones le parecen falsas en tanto definen al hombre como el ser que ofrece sus sufrimientos a los dioses. Cristo es

un mero invento de San Pablo. Su Dios, un déspota y la Virgen, una suerte de Secretario de Estado que intercede ante Él, mientras los músicos litúrgicos entonan sus himnos de serrallo. La vida no es buena ni mala, como quieren las religiones. Es natural, o sea amoral. Una suerte de cañamazo sobre el cual se borda con los hilos rosados o negros de la ética.

No obstante, hay un espacio sugestivamente parecido a lo sagrado en el mundo stendhaliano. Es eso inalcanzable que no se deja definir, que significa sin ser significado, la luz negra que permite iluminar, el naipe fuera del juego que habilita a jugar, lo radical y absolutamente otro: el Ego.

Puntualizaciones

El 15 de julio de 1818 anota en su diario: «Tengo frío». Y el 31 de mayo de 1840: «Vi seis liebres». Y el 14 de agosto de 1841: «Gran alegría», tal vez la última de su vida. Estas trivialidades fijan el paso indetenible del tiempo, hecho mayormente de ellas. Es una de las magias de todo diario, tornar memorable lo olvidable. Son identificaciones momentáneas, intermitentes, los pequeños saltos de cada día que da el Ego. Mejor dicho: los saltos cotidianos que el Ego hace dar al Yo, cada vez con un nombre distinto. El 22 de marzo de 1842, quizá por la mañana, escribe su última página. A las siete de la tarde cae muerto en la calle, alcanzado por una apoplejía.

Bibliografía

- STENDHAL: *Feuillets inédits*, présentés par Marcel A. Ruff. José Corti, Paris, 1957.
- STENDHAL: *Oeuvres intimes*, ed. V. de Litto, Pléiade, Gallimard, Paris, 1982.
- MICHEL CROUZET: *Stendhal ou Monsieur Moi-même*, Flammarion, Paris, 1990.
- GIUSEPPE TOMASI DI LAMPEDUSA: *Lezioni su Stendhal*. Sellerio, Palermo, 1977.



Lisboa. La Alfama